

FERNANDO HIGUERAS EN CIUDAD REAL

A los arquitectos de la generación de los últimos sesenta, que son muchos en la provincia, les tiene que sonar por fuerza, el nombre de este curioso arquitecto, que tiene su página en la historia de la arquitectura del siglo XX.

Higueras Díaz, madrileño, nacido en 1930, licenciado en arquitectura en 1959, artista polifacético, fue seleccionado en 1983 para acceder al premio Pritzker por España. Sus obras cumbres se resumen a la Casa Lucio Muñoz, de 1962, con Antonio Miró, el hotel Las Salinas de Lanzarote de 1973, incoado como Bien de Interés Cultural, así como su fabuloso Instituto de Restauración de la Ciudad Universitaria de Madrid de 1966-86, proyecto inicial de Higueras y Moneo, terminado por Higueras y Antonio Miró, declarado B.I.C. en 2001, único declarado en vida de los autores.

Tiene además otros edificios notables como la Parroquia de Sta. María de Canaá, en Pozuelo, 1999, el Colegio Estudio de Aravaca, 1960, la U.V.A. de Hortaleza, de 1963, y dos obras en Ciudad Real, que comentaré después, el ayuntamiento capitalino, de 1970-75, y el Museo López Torres, de Tomelloso, 1980-83, realizado con la colaboración de José Benito.

La figura de Higueras en la evolución de la arquitectura española en la segunda mitad del siglo XX, es interesante, en cuanto aporta unos planteamientos muy ambiciosos y una gran fertilidad proyectual, dentro de una postura contraria a los postulados del movimiento moderno, al racionalismo, al estilo internacional, desde la escuela ya se oponía. Pero los resultados no son demasiado afortunados, arquitectónicamente hablando, si bien, se debe destacar dentro de un formalismo claro, su plasticismo y su lucha por adquirir unos principios sólidos que le situasen como representante del postmodernismo o del neorganicismo.

Higueras se queda en una ambigüedad sin resolver, se desconoce si el rechazo orgánico de la arquitectura moderna se dirigía hacia el postmodernismo (historicista), o hacia una libertad moderna de la forma. Goticista y tradicionalista, se queda en unos resultados muy superficiales.

Para aclarar estos conceptos, debo referirme al organicismo exaltado de los 60's, con su obra cumbre, Oiza en Torres Blancas, el primer Moneo y Fullaondo, director de Nueva Forma y portavoz casi oficial del organicismo español, junto con Peña Ganchegui, reinterpretando las cuestiones históricas o tradicionales desde la modernidad, destacando la Casa Lucio Muñoz, 1962 de Higueras y Miró, con sus cubiertas wrightianas, donde la estructura resistente se identifica con la forma orgánica.

Los proyectos de Fullaondo-Longoria y Carvajal-Casas-Seguí, para la Opera de Madrid, concurso de 1964, son contemporáneos del Instituto de Restauración de Higueras y Miró, uniendo construcción y arquitectura, consiguiendo un contenido más goticista que orgánico. Obra plástica, enemiga de la modernidad, quedando marginada en un progresivo abandono de la cultura española mayoritaria.

Herederos de la opera de Sidney de Utzon, de Paul Rudolph, la terminal de la TWA de Saarinen, el último Wright de la Johnson o el Guggenheim, llega a Ciudad Real, este proyecto no ganado del teatro principal de Burgos de 1967, reconvertido y simplificado en el ayuntamiento. Encargado a través del pintor López Villaseñor, construido por los Hermanos García del Castillo, dirigido por García Vereda, y del que Francisco Bernalte tendría mucho que contarnos.

El expresionismo neogótico de su fachada, con una segunda piel de vigas peine de hormigón blanco prefabricado, elemento elegido por su nulo mantenimiento, representatividad y nobleza, resistencia, me recuerdan los nervios diseñados por Viollet-

le Duc, en su acertada reinterpretación del gótico, y por supuesto, en las fachadas medievales de las “Stadhuis” belgas.

El Museo López Torres y Centro Cultural de Tomelloso, de planta más kahniana, con dos cuadrados, con círculos centrados de doble altura, donde se ubican las escaleras. Obra aparentemente menor, pero que tratada con un exquisito mimo, consigue una magnífica iluminación cenital, a través de una secuencia de costillas de hormigón blanco, que forman los dos grandes lucernarios. Dos grandes salas unidas por un núcleo de entrada y escalera, realizadas con losas de un detallado encofrado. Un resultado discreto, pero depurado. Esta misma solución de lucernarios, la empleo Higuera en los patios del Ministerio de Abu Dhabi. En este control lumínico, se reconoce su conocimiento de la climatología manchega.

Y terminaré con la transcripción literal de un artículo de Felix Grande sobre el arquitecto, titulado “Una especie de angustia en calma. La casa está más junta que una lágrima”, que refleja, el cariño por nuestra tierra, el conocimiento de su luz, y de sus gentes.

“Desde la tarde aquella de domingo han pasado ya veinte años. Yo acababa de llegar a Madrid desde tierra manchega: una tierra sedienta y rigurosa como una obra de arte. Una tierra de profunda pero esquiva belleza que había sido pintada por Francisco Carretero y Benjamín Palencia, exaltada por los poetas Juan Alcaide y Eladio Cabañero, rememorada por el novelista Paco García Pavón, poblada inmortalmente por la sabia tristeza, el humor y la compasión de Miguel de Cervantes. Una tierra morosamente amada por los colores de Antonio López Torres y, años después, animada y sobresaltada por el genio de su sobrino, ese artista escalofriante a quien llamamos Antoñito. Creo que ha sido Fernando Higuera el primero en proclamar la universal genialidad de este pintor manchego, amigo y maestro mágico. Higuera ya le llamaba genio, ya sabía que era un genio, antes de que, en la sala de Santa Catalina, colgara su primera exposición. Aquella tarde de domingo fui con Eladio Cabañero al estudio de Antonio López, entonces en la calle de Palos de Moguer. Pasó la tarde lentamente, dialogando con la penumbra y dialogando con nuestro corazón. Muchos años después, al habitar unos días o unas horas en algunas de las construcciones de Higuera, he advertido hasta qué punto este arquitecto consigue -hay que decir construye- para sus interiores, un cangilón bovino de penumbra o de semipenumbra. Tal vez sea la penumbra el verdadero esplendor de la luz, Higuera no lo ignora y a menudo somete a la luz a un proceso de planos y de frenos que la obligan a entregarnos su intimidad. La luz de algunos interiores de Higuera es, sí, la luz del día, pero en momentos súbitos parece ser la luz del tiempo”.

* Imágenes e informaciones tomadas del “Curriculum Vitae 1954-2004 de Fernando Higuera”, CD-ROM, y anotaciones de Antonio Capitel, en su Arquitectura Española de la 2ª mitad del siglo XX.

Teodoro Sánchez-Migallón Jiménez